

que corre, corre ella. La dulce está más alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y más de quince de ruedo. Otro tanto tendrá la dulce en cada cosa; y así, bajará toda la laguna más de treinta leguas, y tendrá dentro y á la orilla más de cincuenta pueblos, y muchos de ellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcuco, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque atl es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, según el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número de estas acalles. para según lo que otros dicen; ca en sólo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil de ellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas de ellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial día de mercado.

Los mercados de Méjico

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Méjico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Es-

pecial lo es una de ellas, donde se hace mercado los más días de lo semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Motezuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodelas, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por los colores y extrañeza. La más rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que de estas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tan-

tas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra. Lo más lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales de esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al propio, que parece lo mismo que ó está vivo ó está natural. Y aconteceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando á una parte y á otra, al sol, á la sombra, á la vislumbre, por ver si dice mejor á pelo ó contrapelo ó al través, de la haz ó del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra. El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro, y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pez con una escama de plata y otra de oro, aunque tenga muchas. Vacian un papagayo que se le ande la lengua, que se le menea la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, ó una manzana, que parezca que come. Y lo tuvieron á mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujerean perlas; pero no tan bien como por acá. Pues tornando al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño, aunque de los tres metales postreros es poco; perlas y piedras, muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas y menudencias otras. Y cierto que son muchas y muy diferentes y para reir las bujerías, los melindres y dijes de estos indios de Méjico.

Hay que mirar en las yerbas y raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina; ca los hombres y mujeres y niños conocen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarecer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan á la plaza ungüentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas; que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propia y conocida. Las cosas que para comer venden no tienen cuento. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza, perrillos que no gañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y aun tierra; porque con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cría sobre la agua de las lagunas de Méjico, y se cuaja, que ni es yerba ni tierra, sino como cieno. Hay de ello mucho y cogen mucho; y en eras, como quien hace sal, lo vacían, y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas como ladrillos, y no sólo las venden en el mercado, mas llévanlas también á otros fuera de la ciudad y lejos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con chilmolli es sabroso. Y dicen que á este cebo vienen tantas aves á la laguna, que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes. Venden venados enteros y á cuartos; gamas, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos; perros, y otros, que gañen como ellos y que llaman cuzatli. En fin, muchos animales de estos así, que crían y cazan. Hay tanto del bodegón y casillas de mal cocinado, que espanta dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como había en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentísimas aves. No hay número en el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, frísoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden cada mercado,

verdes y secas. Pero la más principal y que sirve de moneda son unas como almendras, que ellos llaman cacauatl, y los nuestros cacao, como en las islas Cuba y Haiti. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos, y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas de rosas flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pueden tener en la memoria. Hay miel de abejas, de centli, que es su trigo, de metl y otros árboles y cosas, que vale más que arroyo. Hay aceite de chian, simiente que unos la comparan á mostaza, y otros á zaragatona, con que untan las pinturas porque no las dañe el agua. También lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque más usan manteca, sain y sebo. Las muchas maneras que de vino hacen y venden, en otro cabo se dirán.

No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los había entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado de estos de Méjico. Los que venden, pagan algo del asiento al rey, ó por alcabala ó porque los guarden de ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles. Y en una casa que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra; éste da un gallipavo por un haz de maíz; el otro da mantas por sal ó á dinero, que es almendras de cacauatl, y que corre por tal por toda la tierra; y de esta guisa pasa la baratería. Tienen cuenta, porque por una manta ó gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como centli y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.

El templo de Méjico

Al templo llaman teucalli, que quiere decir casa de Dios, y está compuesto de teult, que es Dios, y de calli, que es casa; vocablo harto propio, si fuera Dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cues á los templos, y á Vitcilopuctli Uchilobos. Muchos templos hay en Méjico, por sus parroquias y barrios, con torres, en que hay capillas con altares, donde están los ídolos é imágenes de sus dioses; las cuales sirven de enterramientos para los señores cuyas son, que los demás en el suelo se enterran alrededor y en los patios. Todos son de una hechura, ó casi; y por tanto, con decir del mayor bastará para entenderse; y así como es general en toda esta tierra, así es nueva manera de templos, y creo que ni vista ni oída sino aquí. Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina á esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden á las calles principales que vienen de tierra por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio de este espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un cantón á otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza á crecer el montón, tiene unos grandes relejes. Cuánto más la obra crece, tanto más se estrecha la cepa y disminuyen los relejes; de manera que parece pirámide como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en un cuadro de hasta ocho ó diez brazas. Por la parte de hacia poniente no lleva relejes, sino gradas para subir arriba á lo alto, que cada una de ellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento trece ó ciento catorce gradas, que como eran muchas y altas y de gentil piedra, parecía muy bien. Y era cosa de mirar ver subir y

bajar por allí los sacerdotes con alguna ceremonia ó con algún hombre para sacrificar. En aquello alto hay dos muy grandes altares, desviado uno de otro, y tan juntos á la orilla y borde de la pared, que no quedaba más espacio de cuanto un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. El uno de estos altares está á la mano derecha, y el otro á la izquierda. No eran más altos que cinco palmos. Cada uno de ellos tenía sus paredes de piedra por sí pintadas de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenía cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones; á cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una muy grande torre y muy vistosa, que se parecía de muy lejos. Y de ella se miraba y contemplaba muy á placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y más hermosa vista del mundo. Y porque la viesan Cortés y los otros españoles, los subió arriba Motezuma cuando les mostró el templo. Del remate de las gradas hasta los altares quedaba una placeta, que hacía anchura harta á los sacerdotes para celebrar los oficios muy á placer y sin embarazo. Todo el pueblo miraba y oraba hacia do sale el sol, que por eso hacen sus templos mayores así. Y en cada altar de aquellos dos había un idolo muy grande. Sin esta torre que se hace con las capillas sobre la pirámide, había otras cuarenta ó más torres pequeñas y grandes en otros teucallis chicos, que están en el mismo circuito del mayor; los cuales, aunque eran de la misma hechura, no miran al oriente, sino á otras partes del cielo, por diferenciar al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos había uno redondo, dedicado al dios del aire, dicho Quezalcouatl; porque así como el aire anda al rededor del cielo, así le hacían el templo redondo; la entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenía los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraba

á los que allá entraban, en especial á los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante. Otros teucallis ó cues había en la ciudad, que tenían las gradas y subida por tres partes, y algunos que tenían otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenían casas por sí con todo servicio, y sacerdotes aparte, y particulares dioses. Á cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos al rededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, ca eran casas públicas y comunes; que las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la munición y almacén. Había otras tres salas á la par con sus azoteas encima, altas, grandes, las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera é imaginería, con muchas capillas ó cámaras de muy chicas puertas y oscuras allá dentro, donde están infinitisimos ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre y negros, de como los untan y rocían con ella cuando sacrifican algún hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos en alto, y los suelos un palmo. Hieden pestilencialmente, y con todo esto entran en ellas cada día los sacerdotes; y no dejan entrar allá sino á grandes personas, y aun han de ofrecer algún hombre que maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificados, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque; el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal que beben. Todo lo al del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, y jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho es era éste de Méjico, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres. Residen en él á la continua cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen á su costa de él, que es riquísimo; porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparos, que son obligados á tenerlo siempre en

pie; y que de concejo siembran, cogen y mantienen toda esta gente de pan y frutas y de carne y pescado, y de leña cuanta es menester, y es menester mucha, y harta más que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivían más descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, según ellos decían. Motezuma llevó á Cortés á este templo para que los españoles lo viesen, y por mostrarles su religión y santidad, de la cual hablaremos en otra parte muy largo, que es la más extraña y cruel que jamás oíste.

De los ídolos de Méjico

Los dioses de Méjico eran dos mil, á lo que dicen. Pero los principalísimos se llaman Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca; cuyos ídolos estaban en lo alto del teucalli sobre los dos altares. Eran de piedra, y del gordor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas á lo mosaico, de turquesas, esmeraldas, calcedonias, amatistas y otras piedrecicas finas que hacían gentiles labores, descubriendo, el nácar. Tenían por cinta sendas culebras de oro gordas, y por collares cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenía sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Vitcilopuchtli, de la guerra, que era más adorado y tenido que todos los otros. Otro ídolo grandísimo estaba sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos, que, según algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y era hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgenes sacrificadas, y abiertas

por los pechos para ofrecer los corazones por primicia al ídolo. Consagrábanlo con grandísima pompa y ceremonias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente á la consagración, con regocijo y devoción increíble, y muchas personas devotas llegaban á tocar el ídolo después de bendecido con la mano, y á meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arreos de sus cuerpos. Después de esto ningún seglar podía, ni aun le dejaban tocar, ni entrar á su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran tlamacaztli, que es sacerdote. Renovábanlo de tiempo á tiempo, y desmenuzaban el viejo; y beato el que podía haber un pedazo de él para reliquias y devociones, especial soldados. También bendecían entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas ceremonias y palabras, y guardábanla al pie del altar muy religiosamente para consagrar al rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitán general cuando lo elegían para alguna guerra, dándole á beber de ella.

El osario que los mejicanos tenían para remembranza de la muerte

Fuera del templo y en frente de la puerta principal, aunque más de un grande tiro de piedra, estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados á cuchillo; el cual era á manera de teatro, más largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que están engeridas entre piedra y piedra calaveras con los dientes hacia fuera. Á la cabeza y pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera; que como no llevaban piedra ni otra materia, á lo menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro había setenta ó más vigas altas, apartadas unas de otras

cuatro palmos ó cinco, y llenas de palos cuanto cabian de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacian muchas aspás por las vigas, y cada tercio de aspa ó palo tenia cinco cabezas ensartadas por las sienes. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbria, las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene apariencia de humanidad por la memoria que pone de la muerte. También hay personas diputadas para que, en cayéndose una calavera, pongan otra en su lugar, y así nunca faltase aquel número.

Prisión de Motezuma

Seis días que Fernando Cortés y los españoles estuvieron mirando la ciudad y los secretos de ella, y cosas notables que dicho habemos, y otras que después diremos. fueron muy visitados de Motezuma y de su corte y caballería, y otras gentes, y muy cumplidamente proveídos, como el primer día, y ni más ni menos los indios compañeros y los caballos, que les daban alcacer y yerba fresca, que la hay todo el año; harina, grano, rosas, y cuanto más sus dueños pedían; y aun les hacían las camas de flores. Mas empero, aunque eran así regalados y se tenían por muy ufanos con estar en tan rica tierra, donde podían henchir las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, á quien, como á caudillo y cabeza, tocaba velar y guardar sus compañeros; el cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de Méjico y algunas congojas de muchos españoles que le venían con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar

hombre de ellos el día que á Motezuma se le antojase, ó se revolviere la ciudad, con no más de tirarles cada vecino su piedra, ó rompiendo las puentes de la calzada, ó no dándoles de comer; cosas harto fáciles para los indios.

Así que, pues con el cuidado que tenía de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvenientes para sus deseos, acordó prender á Motezuma y hacer cuatro fustas para sojuzgar la laguna y barcas, si algo fuese, como ya traía pensado, á lo que yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al Rey no tomarían el reino, y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa; mas por no alargar la prisión, que era lo principal y el toque del negocio todo, las dejó para después; y determinó, sin dar parte á nadie, prenderlo luego. La ocasión ó achaque que para ello tuvo fué la muerte de nueve españoles que Cualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al Emperador que lo prendería, y querer apoderarse de Méjico y de su imperio. Tomó pues las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Cualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar á Motezuma. Leyólas, y metióselas en la faltriquera, y paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aun á él mismo le parecía temerario, pero necesario para su intento. Andando así paseando, vió una pared de la sala más blanca que las otras; llegóse á ella, y conoció que estaba recién encalada, y que era una puerta de poco tiempo con piedra y cal. Llamó dos criados, que los demás ya, como era gran noche, dormían. Hízola abrir, entró, halló muchas cámaras, y en algunas mucha cantidad de ídolos, plumajes, joyas, piedras, plata, y tanto oro que lo espantó, y tantas gentilezas, que se maravilló. Cerró la puerta lo mejor que pudo, y fué sin tocar á cosa ninguna de todo ello, por no escandalizar á Motezuma, no se estorbaba por eso su prisión, y porque aquello en casa se estaba. Otro día por la mañana vinieron

á él ciertos españoles, con muchos indios de Tlaxcallán, á decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querían quebrar las puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas ó verdaderas, deja para recaudo y guarda de su aposento la mitad de los españoles, pone por las encrucijadas de las calles muchos otros, y á los demás dice que de dos en dos, y tres á cuatro, ó como mejor les pareciere, se vayan á palacio muy disimuladamente, que quiere hablar á Motezuma sobre cosas que les va las vidas. Ellos lo hicieron así, y él fué de derecho á Motezuma con armas secretas, que así iban los que las tenían. Motezuma lo salió á recibir, y metiólo en una sala donde tenía su estrada. Entraron con él allá hasta treinta españoles; los demás quedaron á la puerta y en el patio. Saludóle Cortés según acostumbraba, y luego comenzó á burlar y tener palacio, como otras veces solía. Motezuma, que muy descuidado, y sin pensamiento de lo que fortuna ordenado tenía, estaba, y muy alegre y contento de aquella conversación, dió á Cortés muchas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores para otros españoles. Él las tomó por no descontentarle, que le fuera afrenta á Motezuma si no lo hiciera así; mas dijole que era casado y no la podía tomar por mujer; ca su ley de cristianos no permitía que nadie tuviese más de una sola mujer, so pena de infamia y señal en la frente por ello. Después de todo esto, mostróle las cartas de Pedro de Hircio, que llevaba, é hizoelas declarar, quejándose de Cualpopoca, que había muerto tantos españoles, y de él mismo, que lo había mandado, y de que los suyos publicasen que querían matar los españoles y romper las puentes. Motezuma se disculpó reciamente de lo uno y de lo otro, diciendo que era mentira lo de sus vasallos, y falsedad muy grande que aquel malo de Cualpopoca le levantaba; y porque viese que era así, llamó luego á la hora, con la saña que tenía, ciertos criados suyos, mandóles que fuesen á llamar á Cualpopoca, y dióles una piedra, como sello, que traía al

brazo y que tenía la figura de Vitcilopuchtli. Los mensajeros se partieron luego al momento, y Cortés le dijo: «Mi señor, conviene que vuestra alteza se vaya conmigo á mi aposento, y esté allá hasta que los mensajeros tornen, y traigan á Cualpopoca y la claridad de la muerte de mis españoles; que allá seréis tratado y servido y mandaréis como aquí. No tengáis pena; que yo miraré por vuestra honra y persona como por la propia mía ó por la de mi rey; y perdonadme que lo haga así, ca no puedo hacer al; que si disimulase con vos, estos que conmigo vienen se enojarían de mí, que no los amparo y defiendo. Así que mandad á los vuestros que no se alteren ni rebullan, y sabed que cualquiera mal que nos viniere los pagaré vuestra persona con la vida, pues está en vuestra boca ir callando y sin alborotar la gente.»

Mucho se turbó Motezuma, y dijo con toda gravedad: «No es persona la mía para estar presa, y ya que lo quisiese yo, no lo sufrirían los míos.» Cortés replicó, y él también, y así estuvieron ambos más de cuatro horas sobre esto, y al cabo dijo que iría, pues había de mandar y gobernar. Mandó que le aderezasen muy bien un cuarto en el patio y casa de los españoles, y fué allí con Cortés. Vinieron muchos señores, quitáronse las ropas, pusieronlas so el brazo, y descalzos y llorando lo llevaron en unas ricas andas. Como se dijo por la ciudad que el Rey iba preso en poder de los españoles, comenzóse de alborotar toda. Mas él consoló á los que lloraban, y mandó á los otros cesar, diciendo que no estaba preso ni contra su voluntad, sino muy á su placer. Cortés le puso guarda española con un capitán, que la quitaba y ponía cada día, y nunca faltaban de con él españoles que lo entretenían y regocijaban, y él se holgaba mucho de aquella conversación, y les daba siempre algo. Era servido allí, como en palacio, de los suyos mismos, y de los españoles también, que no veían placer que no le diesen, ni Cortés regalo que no le hiciese, suplicándole de continuo no tuviese pena,

y dejándole librar pleitos, despachar negocios y entender en la gobernación de sus reinos como antes, y hablar pública y secretamente con todos cuantos querían de los suyos; que era cebo con que picasen en el anzuelo él y todos sus indios. Nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender á Motezuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros.

La caza de Motezuma

No sólo tenía Motezuma toda la libertad que digo, estando así preso en casa y poder de los españoles, mas también le dejaba Cortés salir siempre que quería á caza ó al templo, que era hombre devotísimo y cazador. Cuando salía á cazar, iba en andas á hombros de hombres; llevaba ocho ó diez españoles en guarda de la persona, y tres mil mejicanos entre señores, caballeros, criados y cazadores, de que tenía grandísimo número; unos para montar, otros para ojeos, otros para altanería. Los monteros esperaban liebres, conejos y guanas; tiraban á venados, corzos, lobos, zorros y otros animales, así como coyutles, con arcos, de que diestros son y certeros, especial si eran teuchichimecas, que tienen pena errando el tiro de ochenta pasos abajo. Cuando mandaba cazar á ojeo, era maravilla de ver la gente que se juntaba para ello, y la caza y matanza que á manos, palos, redes y arcos hacían de animales mansos, bravos y espantosos, como leones, tigres, y unas como onzas, que semejan como gatos. Mucho es tomar un león, así por ser peligrosa presa y tener pocas armas y defensa los que lo hacen, aunque más vale maña que fuerza; empero mucho más es tomar las aves que van volando por el aire, á ojeo, como hacen los cazadores de

Motezuma; los cuales tienen tal arte y destreza, que toman cualquiera ave, por brava y voladora que sea, en el aire, si el señor lo manda, según aconteció un día de estos, que estando con Motezuma los españoles que lo guardaban, en un corredor, vieron un gavián, y dijo uno de ellos: «¡Oh qué buen gavián! ¡Quién lo tuviese!» Entonces llamó ciertos criados, que decían ser cazadores mayores, y mandóles que siguiesen aquel gavián y se lo trajesen. Ellos fueron, y pusieron tanta diligencia y maña, que se lo trujeron, y él lo dió á los españoles; cosa que sobra de crédito, mas certificada de muchos por palabras y escrituras. Locura fuera de un tal rey como era Motezuma, mandar tal cosa, y necedad de los otros obedecerle, si no lo pudieran ó supieran hacer; si ya no decimos que lo hizo por demostración de grandeza y vanagloria, y los cazadores mostrasen otro gavián bravo, y jurasen ser aquel mismo que tomarles mandara. Si ello es verdad, como afirman, antes loaría yo á quien lo tomó que no al que lo mandó. El mayor pasatiempo de estas salidas era la caza de altanería, que hacían de garzas, milanos, cuervos, picazas y otras aves, recias y flojas, grandes y chicas, con águilas, buitres y otras aves de rapiña, suyas y nuestras, que volaban á las nubes, y algunas que matan liebres y lobos, y como dicen, ciervos. Otros andaban á volatería con redes, losas, lazos, señuelos y otros ingenios, y Motezuma tiraba bien con arco á fieras, y con cerbatana, de que era muy gran tirador y certero, á pájaros. Las casas á do iba eran de placer, y los bosques que dije, y fuera de la ciudad dos leguas por lo menos; y aunque algunas veces hacía fiesta y banquete allá á los españoles y señores que con él iban, nunca dejaba de tornar la noche á dormir á casa de Cortés, ni de dar algo á los españoles que le habían acompañado aquel día; y como Cortés viese con cuánta franqueza y alegría hacía mercedes, dijole que los españoles eran traviosos, y habían escudriñado la casa, y tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras; que viese lo que

mandaba hacer de ello; y era lo que él descubrió. Él dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomadlo para vos y para ellos; y si más queréis, más os daré.»

Cómo Cortés comenzó á derrocar los ídolos de Méjico

Cuando Motezuma iba al templo, era las más veces á pie, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en bajando de ellas; y si á pie, creo que la llevaba siempre, como cetro. Era muy ceremonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo más sustancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Motezuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés á Motezuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los ídolos delante de él y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase de ello; que se alborotarían y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religión y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Motezuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los ídolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Motezuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy

mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Motezuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. Él lo dejó, ca le pareció que aún no era sazón ni tenía el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero dijoles así con los intérpretes:

La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los ídolos

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquier otra parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razón y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y guíen á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religión. Yo pues, y mis compañeros, vos deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto más el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habéis dado. Á vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no hemos tocado, ni aun quere-